

GARCÍA LÓPEZ, David. «*Revuelvo archivos y me lleno de polvo siempre con Vuestra merced en la memoria*». *Los estudios sobre bellas artes de José Vargas Ponce y Juan Agustín Ceán Bermúdez. Correspondencia (1795-1813)*. Gijón: Ediciones Trea, 2020, 271 pp. Estudios Históricos La Olmeda, colección Piedras Angulares.

Necesitaba la figura de Juan Agustín Ceán Bermúdez (1749-1829) el estudio crítico sistemático que se está desarrollando en los últimos años, acorde a la importancia de su figura como coleccionista y, sobre todo, como historiador, y que superase la idea de mero aficionado compilador de noticias que se había extendido en la bibliografía moderna.

En esta recuperación ha jugado un importante papel el Dr. David García López, de trayectoria investigadora consagrada a la teoría del arte y sus fuentes historiográficas; situado al frente de un proyecto I+D concedido por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad (2016-2019), ha publicado, entre otros trabajos, dos libros sobre la figura de Ceán Bermúdez, la edición de su *Historia del arte de la pintura* (2016), junto a Daniel Crespo, y *Ceán Bermúdez y la historiografía de las bellas artes* (2020), en codirección con Elena María Santiago, además de haber formado parte del comité científico de la exposición dedicada al erudito asturiano que se celebró en la Biblioteca Nacional de España en 2016 y de haber colaborado en el catálogo que acompañó a la muestra.

Se completa tan fructífero proyecto con el volumen aquí reseñado, en

el que se compila el conjunto epistolar entre el historiador del arte y el marino, político y polígrafo José de Vargas Ponce (1760-1821), corpus compuesto por sesenta y tres cartas, más otros cuatro escritos a modo de informe que se incluyen como apéndices documentales y que contienen apuntes histórico-artísticos redactados por Vargas, también para Ceán, que abarcan el periodo de abril de 1795 a octubre de 1813.

Aproximadamente un tercio de esta correspondencia, en total diecisiete cartas y dos informes, es inédita. Contienen información remitida por Vargas Ponce desde Cádiz, Murcia, Cartagena y San Sebastián entre abril de 1795 y enero de 1801. Esta documentación se había mantenido en la familia de Valentín Carderera hasta mediados del siglo pasado y, desde al menos 1967, en posesión de Xavier de Salas, cuyos herederos la vendieron a la Biblioteca Nacional de España en 2018.

El resto de las cartas había sido previamente publicado por Fernández Duro (1900), el marqués de Seoane (1905), Guillén Tato (1961) y Abascal y Cebrián (2010), referencias que el autor incorpora al final de cada una de las misivas e informes.

No se hace de cada uno de estos documentos un estudio crítico individualizado, si bien están perfectamente contextualizados y comentados en lo fundamental en el estudio introductorio que los precede. Comienza este por analizar las peculiaridades del género epistolar y su valor como método de investigación histórico-artística; sigue con una semblanza biográfica de ambos ilustrados, con especial énfasis en su producción escrita, para centrarse

finalmente en el proceso de elaboración de dos obras fundamentales: el *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España* (1800) y las *Noticias de los arquitectos y la arquitectura en España desde su restauración* (1829). Se completa el trabajo con una interesante cronología paralela de ambos personajes.

A través de estas cartas se destila la relación que mantuvieron los dos personajes, queda de manifiesto la amplia erudición de sus autores, sus caracteres y, en el caso de Vargas, su facilidad literaria. Lo más valioso, sin embargo, es la información que se proporciona en relación con el *Diccionario*.

Primera obra publicada de Ceán, aunque no la primera que redactó, supuso un proyecto novedoso que conformó la base, junto con otros escritos del asturiano, de la historiografía del arte español y que no solo sigue siendo de necesaria consulta, sino que se mantiene como la única fuente de información de que se dispone sobre determinados artistas. Otro tanto sucede con las noticias que llegó a recopilar y que por distintos motivos no incluyó finalmente en la obra, como las relativas a los artistas vivos en el momento de la publicación, inéditas hasta hace pocos años, y que aún hoy son la fuente más fiable para la reconstrucción de la vida y obra de artistas carentes de un estudio pormenorizado, máxime cuando consta que, en estos casos, los datos eran proporcionados por los propios artistas o por personas de su entorno inmediato.

Fue posible, por otra parte, gracias a la existencia de una extensa red de colaboradores por todo el territorio

que le hacían llegar a Ceán la información solicitada. Era ya conocido que entre ellos destacó Vargas Ponce, sin embargo, esta documentación arroja luz sobre la amplitud de su aportación, confirmando que apoyó y animó a su amigo en la empresa del *Diccionario* cuando Ceán aún no había publicado nada, pues previó desde el inicio la utilidad de la obra y la importancia que adquiriría (en 1795 ya se refiere a ella como «obra tan útil como divertida, y tan necesaria como saldrá bien desempeñada»). Vargas fue clave en la gestación del proyecto y también en su desarrollo ya que a él se debe, entre otras cuestiones, que Ceán citase las fuentes en las que se había basado en cada caso; que, en aras de su valor pedagógico, las entradas fuesen sintéticas «y sin acatar otro numen que el saber», y que todos los tomos se publicasen de una vez, pero, sobre todo, porque, con suma generosidad, como recuerda el Dr. García López en varias ocasiones, durante años indagó en archivos, visitó lugares públicos y colecciones privadas (aunque lamentablemente esto último Ceán no lo tuviese en cuenta), con el fin de acopiar noticias útiles a las obras de su amigo, hasta el punto de que en varias ocasiones llegaría a referirse al *Diccionario* como «mi obra».

Es este, pues, ejemplo paradigmático de lo que se entiende por trabajar en beneficio del bien común, idea plenamente ilustrada, que queda, sin embargo, empañada por la ingratitud de Ceán para con su amigo, que le llevó a no reconocer en toda su extensión el papel que Vargas jugó en la elaboración de la obra. No obstante, y aunque Vargas no perdería la oportunidad de echárselo en

cara al amigo por haberlo apiñado «en una nota con gente de tan diversos pelos y raleas», y aunque a partir de ese momento la relación entre ellos no volviese a ser lo que era, el gaditano, tal como anotó en la misma carta, no desistió en su empeño de seguir enviándole noticias pensando, primero, en las posibles adiciones al *Diccionario* y, después, con el fin de completar las *Noticias de los arquitectos* de Eugenio Llaguno, que Ceán habría de concluir.

Afortunadamente, este nuevo trabajo del Dr. García López sitúa a ambos en el lugar merecido. En el caso de Ceán, esta correspondencia contribuye a reafirmar su autoría sobre el prólogo del *Diccionario*, que Vargas menciona en abril de 1795 haber «releído hasta 12 o 15 veces», pues en ocasiones se había atribuido a Jovellanos por las correcciones que le hizo en 1799.

Cabe concluir señalando que los modernos rastreadores de noticias encontrarán en los prolijos informes de Vargas detalles interesantes que la sintética redacción de Ceán no incluyó en el *Diccionario*. Por el contrario, la vida cotidiana ocupa muy poco espacio en esta correspondencia, apenas algunas menciones a la esposa de Ceán, Manuela Camas, a la que ambos denominan «la Aragonesa», pero de la que no se obtiene noticia más allá de sus numerosos embarazos y partos. No era ese el objeto de esta correspondencia ilustrada, sino el dotar a la historiografía española de textos veraces sobre los que cimentar el estudio de las bellas artes, lo que sin duda consiguieron.

Virginia ALBARRÁN MARTÍN